

El Capanga



Foto: esb320geografia2

Por Jorge Guzmán

Advertencia Previa.- Si el lector conoce el Mamoré, espero de su buena voluntad que me perdone por haber antepuesto su paciencia a la geografía. Algo más de veinte cascadas se pueden contar desde Guayarά-Guassú a San Antonio: leerlas sería casi tan trabajoso como pasarlas.

Muchas cosas se contaban de Pablo en Guayarά-Merim y también en otros lugares, pero de cuanto se decía, lo único indudable era que había estado en el pueblo dos veces con un intervalo de cinco años; que la primera, su presencia apenas se notó, y eso solamente porque era muy rubio y algo tímido; que enfermó de paludismo, y que poco después desapareció. Esto último dio origen a los primeros comentarios o a las primeras conjeturas. Más tarde, mercaderes, viajeros y funcionarios trashumantes fueron echando las bases de su leyenda, a la que de cuando en cuando daban autoridad los relatos de transportadores de ganado o de buscadores de oro.

Parece cierto que durante esos cinco años hizo vida de vaquero en las llanadas del Yacuma. Si quienes sostenían esto tienen razón, se hace más fácil de creer la fama de hombre terrible que Pablo se ganó en ese tiempo. Para resistir la vida de los vaqueros de Mojos hay que estar hecho de material muy sólido: pelear a machete con el tigre, descabezar víboras, disputarle su presa a un caimán, son cosas que consideran dentro de su oficio y no repuntan como hazañas. Pero aun entre esos hombres, Pablo ganó, si no la gloria de valiente, que se descuenta, por lo menos la de ser más peligroso que la cascabel, porque ésta siquiera hace ruido al atacar. Donde la vida humana no vale nada, el número de asesinatos hace respetable al autor, y al machete de Pablo se le contaban muchos destrozos ciertos y más atribuidos. Además, decían de él que era capaz de viajar solo meses enteros por el monte, que era tan sobrio como resistente y muchas cosas de esta especie, que cuando las dice quien sabe lo que es selva, tiene el valor de un inmenso homenaje.

Como fuera, lo cierto es que no mataron al gringuito el paludismo, ni el sol de fuego de la estación seca, ni las inundaciones con que el Beni origina, alimenta y mata sus hermosas criaturas. Lo cambiaron la extensión interminable de las llanadas, el eterno crepúsculo húmedo y caliente de la selva, la necesidad de mantenerse continuamente alerta, de vencer siempre o ser vencido para siempre.

¿Con qué fin regresó Pablo a Guayarará después de tanto tiempo, y por qué no permaneció allí tranquilo, sino que se metió al monte como si

lo persiguieran? Nadie lo sabe, pero desde entonces empezó a crecer su fama de asesino, de valiente y de matrero. Lo apodaron con el terrible nombre de Capanga, porque decían que mataba por encargo.

Finalmente, dos cosas más llegaron a saberse sobre él: que violó a una muchacha ciega que vivía en Guayarará –lo que produjo un curioso sentimiento de horror y de repudio en una población donde semejante conducta era normal -, y que, por algún motivo, don Miguel Azuela – uno de los vecinos más poderosos- tenía razones para suponer que su tranquilidad peligraba si Pablo seguía suelto. El dinero y el miedo de don Miguel perdieron al Capanga; lo cogieron dormido en el monte por traición de un arriero que debía traerle azúcar y café, y le trajo, en cambio, veinte fusiles. No tuvo tiempo de defenderse: el terror que se había unido a su nombre y la dilatada impunidad le adormecieron por un momento el instinto y éste se olvidó de advertirle el peligro.

En una palabra, la tercera entrada pública suya en Guayarará-Merim fue de nuevo a la luz del día, pero atado de manos y cuidado por veinte hombres, más dispuestos a matarlo cuanto más le temían. Desde el momento que se vio cercado, no pareció pensar en resistirse. Estuvo un rato mirando a don Miguel mientras lo ataban, pero no dijo nada. En el pueblo lo metieron en la cárcel pública, pero como las paredes de cañas revocadas con barro no ofrecían muchas seguridades, le pusieron cuatro centinelas de vista; cada uno con un fusil con bala en boca. Los captores se concedieron el medroso honor de cuidarlo por turnos, placer que ni

siquiera don Miguel rechazó por no parecer que tenía miedo de un hombre atado e inerme.

Se calculaba que dentro de tres días estaría de regreso un mensajero que enviaron al llegar y que traería algunos soldados para trasladar a Pablo hasta un lugar donde pudieran juzgarle.

La captura sucedió en la mañana y el día fue transcurriendo lentamente. El Capanga, tendido, dormitando, y sus cuidadores acucillados frente a él, fumando y mirándolo. Ya al atardecer, uno de ellos lió un cigarrillo y lo puso entre los labios agrietados del bandido; éste se quedó observándolo unos segundos y le escupió en la cara el cigarrillo y un salivazo.

El turno siguiente correspondió a don Miguel y otros tres. Hasta entonces nadie había escuchado la voz del cautivo, pero al ver al que le debía su libertad, se enderezó un poco en el suelo y dijo:

-Hola, ¿ya no le campanean los pantalones?

La cólera de don Miguel se encendió como si le hubieran dado un latigazo y hasta hizo un ademán agresivo hacia Pablo, pero de pronto mudó el gesto y contestó con voz amable; es decir, por lo menos al principio:

-Hijo, insolente habías sido, carajo, porque sabes que yo no soy de los que se atreven con uno que esté amarrado, aunque sea un carajo como tú, que forzó a una ciega.

-Oiga, mejor no me carajee, don, que mañana puede arrepentirse. Guarde la valentía para cuando yo ande suelto. No la gaste ahora. Mire, atienda que todavía falta mucho para que me saque de aquí.

-¿Tú crees que vas a escaparte? –preguntó don Miguel, ya sin cólera.

-¿Cómo será, no? –contestó el otro desde el suelo.

Don Miguel se volvió hacia uno de los que lo acompañaban y le mandó que trajera comida para el prisionero.

-¿Te das cuenta de que no te tengo miedo? -le preguntó en seguida.

Pablo sabía que la comida no es como los cigarrillos. Sin éstos, se sienten ganas de fumar; sin aquélla, las piernas se ponen débiles y hasta puede que uno se muera si dura mucho. Y ¿quién puede decir lo que va a suceder mañana? De manera que se hartó de arroz con charqui sin decir palabra.

Cuando hubo terminado, don Miguel mandó a un peón a revisarle las ataduras de las muñecas y éste encontró que de toda la sogá de la mañana

no quedaba sino un cordelito sobre las manos de Pablo. Saltó hacia atrás apuntándole a la cabeza y vociferando incoherencias.

El primer resultado de este descubrimiento consistió en que las ligaduras fueron reforzadas con gran cuidado. El segundo, que el miedo de los captores y de toda la población, que no perdía detalles del asunto, aumentó hasta la histeria. El tercero demoró más, pero su primer indicio fue que don Miguel se puso pensativo y siguió así cuando lo relevaron de su guardia. Con el amanecer, regresó; despertó al asesino, estuvo un rato observándolo y dijo solemnemente:

-No vamos a esperar el regreso de nadie, porque te zafarías en el camino.

Y se quedó esperando la respuesta, pero el otro no dijo nada.

-¿Sabes lo que vamos a hacerte?

- Claro que no.

-¿Y no te importa?

-¿Qué más da? –contestó Pablo-. Igual es morirse de cualquier manera. ¿Usted me va a matar?

-No. Nadie te va a matar. Vamos a echarte al río, amarrado a dos troncos. Si te salvas, será que Dios te sacó. Si te mueres...,pues, para que aprendas.

Cuando le separaron las manos para atárselas a la cruz de madera que ya estaba preparada junto al agua, Pablo pensó que si se resistía le darían un tiro allí mismo. Valía más dejarse arrojar al agua, porque si las posibilidades de salir vivo eran casi nulas, por lo menos las había. En cambio, con una bala en la cabeza no podía vivir nadie. De modo que ni siquiera se necesitó forzarlo a tenderse de boca sobre los troncos.

Lo ataron fuertemente a la cruz con alambre de enfardar y luego fueron empujándolo hasta que entró en el agua de cabeza. Entonces empezó la madera a flotar y, por fin, un último esfuerzo la separó de la orilla. Sobrenadó un momento indecisa y en seguida se deslizó suavemente hacia delante.

Los hombres que lo miraban alejarse sintieron un profundo alivio por haber entregado su prisionero al Mamoré.

Pequeña y como absurda se veía la figura en el agua grande. Y aun más incoherente fue el rugido que llegó desde la corriente:

-Azuela, te juro que saldré vivo de aquí. Te mataré. Te mataré. Te llevaré al monte y te amarraré al palosanto para mirar cómo te comen las hormigas. Te mataré, hijo de perra, juro que te mataré...

Las últimas palabras se perdieron a lo lejos, pero aún en el sonido insensato, los de la orilla sintieron la furia que raspaba la garganta del Capanga. Empezaron a volver a sus casas, tranquilos ya.

Entretanto, en medio de la caliente y nublada mañana de la selva, Pablo bajaba por el río.

Abatió la cabeza sobre la piel rugosa del cedro, cerró los ojos y se quedó un momento sin pensar. Notó por primera vez el suave balanceo de su embarcación. Luego, sin más que la mañana para oírle, volvió a estallar en alaridos de rabia.

Le parecía ver la cara del traidor que lo entregó; en seguida le pasaban por el recuerdo como un relámpago las horas del cautiverio y se incrustaba los alambres en los brazos tratando de coger esos cuellos odiados, pero entonces sentía su inmovilidad y de nuevo la rabia le salía por la garganta en un rugido.

Se sentía manoseado como un animal doméstico. Aún le sonaba en los oídos la voz del que lo ató.

-¡Voy a salir! ¡Tengo que salir vivo!

Y vociferaba una serie de insultos repugnantes, sin ilación, no dirigidos a nadie. Apenas con el recuerdo de muchas caras odiadas.

La ira le apretaba las costillas, le pateaba la garganta haciéndolo gritar, le quemaba los ojos que le goteaban lágrimas sobre el madero mojado.

Pensaba matarlos uno a uno, pero no con bala, no con machete. No. Lento habría de ser; que vieran ellos mismos cómo morían. Las terribles imágenes que le aparecían en el cerebro al pensar en esto lo calmaban un poco. Pero en seguida, como si se empeñara en torturarlo, el recuerdo le arrojaba a la conciencia, casi como una sensación, el contacto de las manos del que lo ató, la presión dura y humillante del fusil que le apoyaron en la nuca al desatarlo, la voz de ese perro asqueroso cuando entró en la prisión y le dijo con los ojos llenos de risa: “No vamos a esperar el regreso de nadie, porque te zafarías en el camino”.

Entonces le parecía tenerlo delante, ahí mismo en el río.

-¿Crees que de esto no voy a zafarme? ¡Juro!, ¡juro!, juro que saldré vivo para matarte...

La voz enronquecida por los gritos y las lágrimas espantaba las garzas y los patos de la orilla, que se elevaban chillando en el aire gris y neblinoso de la mañana. Pero no los veía Pablo, ni oía el retemblor de las alas asustadas y bulliciosas. Su tremendo deseo de venganza lo llevaba al tiempo que transcurría cuando hubiera salido del agua, cuando hubiera reposado un poco y regresara a cumplir lo prometido.

Pero el dolor de los brazos y el pecho, que recién empezaba a insinuarse, lo trajo a este tiempo que corría ahora y corría hacia la muerte. Pero no, él no; él no iba a morir esta vez. Saldría, saldría, saldría vivo.

En verdad, cuando le anunciaron cómo harían para deshacerse de él, Pablo pensó de inmediato que no debía de ser tan difícil dirigir un tronco hacia la orilla con violentos impulsos del cuerpo.

-¡Saldreeeeeé! –gritó de nuevo, con una especie de alegría salvaje.

Miró hacia delante forzando el cuello. Navegaba con la cabeza en el sentido de la corriente, de modo que podía ver el tramo que iba a recorrer en seguida. Volvió la vista hacia la orilla y verificó que era llevado con bastante rapidez, por lo que decidió esperar que el cauce se ensanchara un poco; entonces empezaría él a imprimirles lentos cambios de dirección a los maderos hasta llegar a la orilla. Este pensamiento lo llenó de una alegría que era como el otro extremo de la furia y el sentimiento de humillación anteriores. Con el cuello tendido hacia delante observaba el enorme camino líquido por donde era llevado y, de cuando en cuando, pensar que pronto él mismo detendría su marcha, lo sacudía de alegría y lanzaba un gruñido suave por entre las mandíbulas apretadas.

Quiso su buena suerte que la corriente fuera acercándolo más y más a la margen derecha. Ya casi no divisaba más que una vaga línea verde de la otra ribera. En cambio, de ésta ya distinguía hasta los hierbajos de la

orilla. Los troncos de los árboles, casi invisibles detrás de su vestidura de líquenes y enredaderas. Los pájaros parados mirando el agua en las pequeñas playas que la vegetación dejaba libres. Sus ojos conocedores llegaron a mostrarle hasta las ocultas sendas de las fieras que van a abrevar, y entonces, como un golpe violento, se dio cuenta de su insensatez: tocar tierra era su muerte segura. ¿Qué iba a hacer una vez que los troncos dejaran de moverse si tenía las manos atadas y sin duda por ahí no pasaba nadie sino animales salvajes que lo atacarían en cuanto notaran que no podía defenderse? Entonces se dio cuenta también de una verdad terrible: o lo sacaban seres humanos del río o estaba condenado a morir. A morir, ¿cómo? Si ninguna otra cosa lo mataba antes, el hambre haría su faena algún día. ¡Algún día! Y otra certeza más, aun peor, se le estableció en el pensamiento: la de que no sabía cuánto tiempo estaría condenado a bajar por el agua sin poder hacer nada, sin morir y sin saber en qué momento moriría. Por primera vez, Pablo no tuvo ya rabia ni desesperación, sino un miedo insano.

-¡Las cachuelas! –gimió de pronto, porque le vino a la memoria el recuerdo de las cascadas del Mamoré, por las que inevitablemente habría de pasar.

Pablo, como todos los hombres fuertes, había olvidado ese ejercicio a que se entregan los impotentes y que consiste en imaginar lo que sin concurso de nuestra voluntad ha de beneficiarnos. Así, perdida la posibilidad de actuar sobre la realidad, no le quedaba sino la desesperación, el horror de hallarse entregado por entero al acaso. Con el

mundo reducido al espacio que podía separar su mejilla del madero, torciéndose el cuello, y a lo que los ojos, forzados dentro de las órbitas, pudieran enseñarle de lo que le rodeaba. Y, sin embargo, conservaba toda su capacidad de pensar y de recibir impresiones, y, lo que es peor, de prever el destino de su viaje.

Desesperado, entregado ya a lo inevitable, sin hablar, casi sin pensar en nada que no fuera una punzante certeza de su pérdida, las cuerdas del cuello laxas y la cabeza colgante sobre el madero a unos centímetros del agua, fueron transcurriéndole unas horas de las cuales no tenía conciencia.

Por entre su sopor le pareció notar que la extensión del agua se había hecho interminable. Sólo allá, muy lejos, los ojos inertes le mostraban manchas de monte espeso sobre la ribera izquierda, y unas islas que se adormecían navegando río arriba a la luz del atardecer. De pronto, desde el fondo de la conciencia y con esa facultad que nos da el nombre de las cosas antes aun de reconocerlas, articuló en voz muy baja y sin mover la cabeza:

-El Beni.

Y bruscamente comprendió que si no se equivocaba, estaba salvado, porque justo a la embocadura está Villa Bella. No alcanzó a gritar porque mientras trataba de encontrar una palabra que le permitiera pedir socorro, vio que dos lanchas se acercaban desde la orilla: una más

cercana, la otra muy distante todavía. Con los ojos enormes abiertos se quedó mirándolas aproximarse, silenciosas y tranquilas. Por fin, la primera llegó a su lado y un mestizo sacó medio cuerpo afuera por la borda; dio un respingo y gritó hacia adentro:

-Che, si está atado. A ver, ayúdame a sacarlo.

-¿Cómo dices? -preguntó una voz desde arriba.

-Que me ayudes, porque está atado.

-Vaya –contestó la voz -, no seas, pues, zonzo; si está atado es que alguien lo ató. Deja no más que se vaya.

Pablo no podía hablar, ni dejar de mirarlos. Vio el lento giro de la proa hacia la orilla. Oyó que al cruzarse con los otros les gritaban algo, y las dos embarcaciones empezaron a alejarse.

Llegó la noche, Pablo notó como entre sueños que había cambiado de posición y ahora navegaba con los pies en el sentido de la corriente. Tenía un dolor insoportable y fatigoso en los hombros y en la espalda. Le pareció escuchar algo como un trueno lejano. ¿Sería un trueno? Los troncos cabecearon suavemente y de pronto el Capanga sintió un alivio infinito. Los mil ruidos que llegaban desde la orilla en tinieblas desaparecieron. Ya no sentía dolor en ninguna parte del cuerpo. Casi tenía la seguridad de que le bastaría querer mover un brazo o una pierna

para conseguirlo inmediatamente. El rumor de chapoteo del agua contra el tronco le pareció también infinitamente suave. Alguna vez antes él se había sentido así. Como una dulce certeza de libertad, le volvía el deseo de mover algo, un brazo o una pierna, pero no quería mover nada. Se sonrió con la cara junto al agua. La noche estaba muy tranquila y fresca. Le pareció estar sentado a la puerta de su casa, allá, cerca del mar; su hermana jugaba con aquella muñeca sin pelo, esa con que la hacían llorar, diciéndole que tenía el cuerpo relleno de aserrín. El perrazo -¿cómo se llamaba? “César”- salió corriendo y le robó la muñeca a la pequeña; ella lloraba como una ranita, el perro sacudía entusiastamente la muñeca en su tremendo hocico y él reía a carcajadas. La madre debe de haber pensado que él la hacía llorar porque lo llamó:

-Pablo...Pablo...

Él seguía riéndose tranquilamente.

-Pablo...Pablo...

Había algo raro, algo extrañamente chocante en ese llanto, algo que no calzaba bien en la situación. Además, sonaba demasiado cerca para venir desde adentro de la casa.

El Capanga levantó la cabeza lentamente. Sintió un peso sobre la espalda y casi en seguida un aleteo violento que se llevó el peso. Los

gritos se fueron también detrás de las alas. Aún le costó un momento volver a la realidad. Luego, bruscamente, se dio cuenta de todo.

-Pájaro maldito –dijo en voz alta, y le resultó muy raro escucharse.

Había sido una “viuda” que se había detenido sobre él: el ave embrujada que en las noches de la selva llama a su hombre con un grito lastimoso que semeja el nombre del bandido.

De nuevo el dolor se había establecido sobre su pecho y a lo largo de todo el cuerpo, desde la nuca hasta los talones. Recordó lo que había soñado y le pareció demasiado real para ser sueño. De repente se dio cuenta de que había estado a punto de morir y de morir de miedo.

Hacia el horizonte del agua el cielo estaba tomando un color ceniciento. Empezaba a amanecer. Sintió frío. Volvió a darse cuenta de que estaba atado.

Con un esfuerzo enorme hizo saltar los nervios dentro del cuerpo. Se dispuso a repeler ataques. Aguzó los sentidos. Tocó la superficie del tronco con los dedos. Decidió hacer variar de posición el tronco, no importa cuánto costara.

“No –se dijo a sí mismo-, no. Si te gastas ahora en hacer estupideces, luego no podrás hacer otras cosas”.

En ese momento los troncos se estremecieron con un temblor extraño, porque algún pez grande había pasado por debajo. La vibración sacó por entero a Pablo de su sopor. Entonces, por fin, sintió que no moriría en ese estado. Ya el río se había puesto completamente claro. Si no hubiera sido por el pájaro, el pez que hizo temblar los troncos...

-Gracias..., gracias...- articuló en voz baja.

Levantó un poco la cabeza y le pareció que el sol estaba demasiado alto para haber amanecido apenas un momento antes.

“Sí. Estuviste a punto de morirte” -se dijo.

El pensamiento claro de la muerte le dio por fin conciencia plena de lo que pasaba; y le trajo juntamente el recuerdo de su captura y del los que lo habían puesto en el río. Y entonces, ya sin el ardor insano del día anterior, se reiteró a sí mismo la promesa de no dejarse morir, de esperar vivo cuanto fuera necesario para que alguien lo viera y quisiera sacarlo del agua.

Un día, el cobarde de Azuela sabría que el hombre que había echado al río estaba de regreso en Guayará. Pablo lo veía con los mismos ojos que se le reían sin querer al comunicarle su decisión, turbios y rojos por el miedo y el insomnio.

-No –dijo a la vez que una olita le mojaba la boca-. No puedo morirme, Azuela, hasta que vuelva a verte.

Haría tal como prometió: lo llevaría al monte caminando muchas horas, hasta encontrar un palosanto. Si lo hallaba antes de tiempo, antes de que Azuela hubiera gemido y suplicado todo lo necesario, seguiría caminando con él, monte adentro. Y una vez elegido el tronco justo, lo ataría sólo de las manos, para que pudiera defenderse un rato de las hormigas, pateándolas, mientras él lo miraría todo, sentado y fumando. Y cuando Azuela hubiera dejado de moverse, rojo de hormigas, volvería a Guayará a cobrar el resto.

Por sobre el rumor del agua, un pequeño aumento de otro ruido, que hasta entonces no había registrado su conciencia, empezó a llegarle ahora con claridad. Miró alrededor y vio que el agua hervía, sonaba y se arremolinaba en toda la superficie de Mamoré, que se había estrechado mucho. Los troncos empezaron a saltar sobre el agua; se detenían y Pablo tenía la impresión de caer hacia adelante; luego, con un cabeceo violento, seguían su curso. La rapidez de la corriente aumentaba por momentos. Parecía que la ribera derecha corría hacia arriba.

Una cascada –dijo Pablo con una especie de alivio. Ya no sentía el miedo que lo había entontecido cuando pensó que caería por ellas. Se le contrajo todo el cuerpo y decidió otra vez -: No moriré –pero con un esfuerzo interior tan enorme, que la voz casi era un susurro que él mismo no oyó, porque el rugido de la catarata disolvía en su estruendo todo otro

ruido. Estiró el cuello, y allá lejos, después de una curva muy lenta, vio algo como una nube suspendida sobre el río. El estruendo del agua al caer y pulverizarse abajo era terrible. Le parecía que todo su cuerpo sonaba y vibraba. Ojalá que los maderos hubieran tomado por abajo bastante agua como para contrapesar su cuerpo si salían verticalmente. No se le ocurrió que al caer podía perfectamente chocar contra algo y destrozarse. Sólo reunía fuerzas para no perder el conocimiento con el golpe y poder dirigir la salida de los troncos de manera de quedar él encima. Si no, moriría ahogado.

Faltaban apenas unos cincuenta metros para llegar. Como él y su camino se movían a la misma velocidad, no se daba cuenta de cómo corría, pero en un momento llegó casi al borde. Instantáneamente notó que iba de cabeza al abismo y con un sacudón desesperado trató de variar un poco la caída. Los troncos se movieron lentamente, y en un solo momento Pablo vio los pies hirvientes de la cascada, el ruido aumentó hasta casi lo inaudible y cayó al vacío. Sintió un golpe tremendo, pero no podía darse cuenta de si había caído o no en el agua de abajo, porque no sentía el cuerpo mojado. Sólo los oídos le sonaban extrañamente. Bajo el agua, los troncos se movieron como disparados hacia delante. En seguida, como si una voluntad gigantesca y rapidísima lo llevara, se inclinaron hacia el fondo, rozaron el lecho de roca, continuaron su curva y fueron a salir a la superficie con tanta fuerza que casi volaron fuera del agua.

Pablo no había quedado completamente inconsciente, pero sólo después de un largo rato notó que en realidad estaba respirando, que

había quedado sobre el agua y que ya, como si no se hubiera tratado más que de un sueño, el ruido del salto era apenas, concentrando toda la atención en el oído, algo parecido al rumor de un trueno lejanísimo. ¿Qué hora sería? El sol estaba a la izquierda del curso del río y le daba sobre la mejilla derecha, lo que significaba que estaba flotando al revés. Si miraba por sobre el agua hacia atrás, él hubiera dicho que era el mediodía, porque las orillas y el calor tremendo del sol y la quietud de las cosas hablaban de almuerzo. Sólo de cuando en cuando el grito de un papagayo invisible servía apenas para reforzar la impresión de sosiego y descanso. El cauce se había ensanchado mucho y la corriente era lenta, casi dormida. En la enorme extensión, no se sabía hacia dónde marchaba; en realidad, no se sabía siquiera si se iba a alguna parte o no. Pero sobre la quieta superficie corrían unas pequeñas corrientes más rápidas; algunas marchaban paralelas a las riberas invisibles, otras se dirigían hacia ellas más o menos presurosas. En una de éstas entró Pablo y sintió el tránsito del sosiego al movimiento, pero cerró los ojos y siguió descansando sin preocuparse. Le dolían con fuerza las costillas por debajo de uno de los alambres; respirar le producía algo así como una puñalada en el lugar del dolor. Pero estaba contento; le había ganado al río la primera lucha. Notó que estaba por desmayarse, porque le parecía girar suavemente en el borde de un gran círculo. Trató, ayudado por el cansancio, de distender los músculos del lado adolorido; le pareció obtener con eso cierto alivio. Seguía girando parsimoniosamente, como si ni los troncos ni él tuvieran peso, como si estuviera por dormirse con toda comodidad. Aunque no eran semejantes, la situación de ahora le hizo recordar el peligro de la noche pasada. La noche pasada... ¿Cuántas noches había pasado en el

río? No supo contestar, pero antes de la cascada había sucedido una noche en que casi murió. Abrió los ojos. Se le paralizó la respiración porque iba derecho a la orilla. ¿Cómo pudo acercarse tanto si apenas un rato antes no la veía? Pero entonces notó que cambiaba constantemente de dirección y vio que se encontraba en uno de los peores lugares que podía haber caído: un remolino lento cercano a la ribera. Justamente lo único que no había pensado. Él había visto árboles enteros podrirse girando lentamente sin salir de su suave prisión. Y si un árbol se deshacía, ¿qué le sucedería a un hombre?

En ese mismo momento los que lo pusieron en el río estarían tranquilos caminando sobre la tierra firme, o fumando o tomando café tendidos en una hamaca. Los mosquitos zumbaban furiosos clavándole las manos, el cuello hasta los párpados con sus agujas de fuego. No los sentía. Tampoco sentía las bandadas de papagayos que pasaban como luz irisada y cuajada y gritona por sobre su cabeza. Giraba sin prisa : un círculo sobre el anterior, y otro y otro... Allí en la orilla, una sombra moteada lamía el agua ruidosamente, apenas a veinte metros de su prisión desesperante: un tigre abrevando en el crepúsculo. Un grito espantoso salió de entre los árboles y se repitió tres veces: un pájaro. Ruidos familiares. Pablo sentía vagamente la opresión del hambre en el estómago vacío. Lo demás no lo sentía; eran sólo los ruidos de la selva que se despierta al hacer la noche para cazar, para matar, para morir, repetidos mil veces, oídos siempre, siempre iguales. Ruidos amigos que no se notan e invitan al sueño. Pablo giraba sobre sus troncos por el mismo camino invisible, sin demora ni apremio, simplemente girando.

Estaba muy cansado. Decidió dormir cuando ya casi estaba dentro del sueño y se dejó ir. El tigre terminó de beber, salió del agua produciendo un rumor mojado, sacudió las patas delanteras nerviosamente, hizo gorgoritear el gáznate como si lo probara y, satisfecho, se metió entre los árboles. Desde las ramas, la “viuda” llamaba a Pablo, pero el Capanga dormía tranquilamente sobre sus troncos, girando.

Despertó antes del amanecer. La noche estaba muy oscura, muy caliente, muy húmeda. El descanso le devolvió el deseo de salir, pero también el dolor de las costillas y un curioso ardor sobre la cara. No obstante, se hallaba en cierto modo satisfecho, porque sentía las cosas claramente y podía pensar. El dolor era una prueba de que estaba vivo y completamente despierto...,pero preso en un remolino lento. Sin embargo, no le importaba: esperaría, esperaría vivo hasta que alguien pasara por el río y quisiera sacarlo. Aunque quizá fuera posible hacer salir los troncos agitándolos. Empezó a balancearse tratando de no oprimir con el alambre las costillas dañadas; descubrió que dando cabezadas contra el agua el vaivén era mayor; en uno de sus sacudones, tocó con la cara algo que flotaba; aguzó los ojos y distinguió vagamente el vientre blanco de un pececito muerto. Intentó cogerlo con los dientes, pero había cambiado un poco de posición y no lo alcanzaba . Desde entonces, todo su esfuerzo se concentró en no perderlo de vista. Sabía que estaba condenado a girar sobre el agua como él, de modo que cuanto debía hacer era esperar el momento en que pudiera cogerlo, confiando en que no viniera otro pez y se lo comiera primero . Largo rato de paciencia y dolor intolerable en el cuello le costó la cacería, pero el enorme contentamiento

que experimentó cuando por fin lo tuvo entre los dientes le hizo olvidar el dolor. Lo puso sobre la madera y reposó un momento la frente junto a su presa.

Luego se lo comió lentamente, a conciencia, sabiendo que quizá no iba a repetirse de nuevo semejante hallazgo. En seguida relajó el cuerpo para gustar el bienestar del hambre satisfecha.

Algo lo inquietó de pronto. Algo había cesado. Algo faltaba para que todo estuviera bien. La oreja, buida hacia las cosas, le dio la respuesta y la alegría consiguiente.

“Va a haber tormenta”, se dijo, como si informara a otro que debía alegrarse, porque la lluvia haría subir el nivel de agua y lo sacaría de sus círculos.

Es que todo el rumor de la selva: los gritos, rugidos, silbos, trinos y todo el mundo de sonidos de los animales que duermen o velan, se había detenido de pronto.

-Va a haber tormenta -repitió sin alzar la voz.

Un instante después, los ruidos de la orilla se restablecieron. Empezaba a clarear el cielo. A lo lejos estalló el primer trueno, y casi de inmediato la noche se cerraba de nuevo y la lluvia, la increíble lluvia de la selva, empezó a caer sobre el cuerpo del Capanga.

El Mamoré se encrespó bajo la lluvia y los rayos encendían el agua hirviente de luz azul. Un tirón violento y absurdo levantó a Pablo y lo arrojó en medio de la corriente . Cuando callaba el trueno , por encima del retemblor de la lluvia se oían los gritos de alegría del Capanga.

-¡Saldré vivo, mierda! ¡Saldré!

Sentía ramas pasar a su lado. Su embarcación temblaba, chocaba con objetos invisibles, giraba como enloquecida, se detenía bruscamente y luego se lanzaba hacia delante. Pablo, casi ahogado por la lluvia, tragaba, sin embargo, por boca y narices el aire picante de ozono de la tempestad con una alegría salvaje.

Tal como había llegado se fue la lluvia. Un momento antes azotaba la piel violenta del río, y ya no. Seguía tronando, pero cada vez más lejos. El sol brillaba sobre el agua, oblicuo y limpio.

La agitación de la tormenta y quizá también el haber comido revivieron en Pablo la ira, pero ya sin desesperación. Ahora estaba seguro de salir vivo del río. Tendía la vista sobre el agua y la veía llena de despojos, de ramas, de árboles enteros. Ya no estaba solo. Dos manchas oscuras trajinaban, arrugando la superficie y partiéndola suavemente delante de ellas, entre los objetos que la tormenta había regalado al agua. Luego descubrió más eran caimanes buscando alimento. Pero aún otro ser vivo llevaba el río; un pecarí se equilibraba gritando sobre unas

ramas. Pablo sintió simpatía por el bicho. De haber podido habría hecho algo porque llegara a la orilla, pero, por lo menos, lo miraba afectuosamente.

No duró mucho el chanchito. El diestro coletazo de un caimán lo sacó de su refugio, otro se precipitó a cogerlo y el río se agitó un momento entre los bufidos de las dos fieras; después ambos asieron a un tiempo de la presa y desaparecieron bajo el agua para ahogarla.

El río reptaba ahora más rápido, calentándose al sol. Pablo se sentía más y más afiebrado a medida que el día avanzaba. El dolor de cabeza lo obligaba a cerrar los ojos. Entonces oía voces que decían desatinos a gritos; eran muchas, pero destacaban entre todas unas cuyo timbre no hubiera hallado si lo hubiese buscado con la memoria. Eran las de su hermana, de su madre, de gentes que lo rodearon en su infancia. Pero decían necedades, gritaban, lo llamaban, se quejaban como si el dolor las torturara a ellas. Pablo separaba los párpados y sobre las ondas del río aparecían las caras de sus captores ; la de don Miguel sonreía y le aconsejaba con tono paternal:

Ya no luches más, hijo, déjate morir. ¿Para qué tratas de seguir vivo si no puedes moverte? Abandónate, descansa, muérete tranquilo.

Y Pablo sentía penetrar en su cerebro la persuasión de don Miguel.

Al fin, ¿no estaba él invitándolo a cumplir su propio deseo de reposo, de sabia tranquilidad? Porque, en efecto, era hermoso abandonarse al amable cuneo del río. Entonces cerraba los ojos para obedecerle, pero se lo impedían aquellas voces urgentes y sin sentido.

Bajaba Pablo con la corriente, entre las voces de su niñez que le impedían morir y las de sus enemigos que le aconsejaban la paz definitiva. Él no luchaba, no tomaba partido, simplemente oía, corriendo y recorriendo la pesada cortina de sus párpados, mientras los otros hablaban, aconsejaban o se quejaban y el río corría.

La oscuridad de la noche le devolvió un poco el sentido de las cosas, pero sólo lo suficiente para decirse a sí mismo: “¿Estaré enloqueciendo?” –pregunta más bien curiosa de saber que interesada.

“Si me vuelvo loco –pensó -, nunca saldré de aquí .Tengo que hacer algo”. Agitó los troncos y metió la frente en el agua. La sacó chorreante y al abrir los ojos le pareció ver luces a lo lejos en la ribera. Hundió de nuevo la frente y al sacarla comprobó que en efecto eran luces y no imaginaciones.

Juntó aire en los pulmones doloridos y empezó a gritar:

-¡Aquí! ¡Auxilio!

Pero luego, pensando que estaba aún demasiado lejos para que pudieran oírle, decidió esperar acercarse más. Largo se le antojó el camino del río hasta las luces, pero cuando las tuvo cerca, sintió tal alegría, que por sólo ese momento hubiera cambiado otros tantos días de terror en el agua.

Gritó como loco hasta enronquecer, y aun después que ya no se veían luces siguió gritando y gimiendo. Insultando a los de la ribera que no habían querido recogerlo. Barbotando incoherencias al agua negra que chapoteaba contra los ángulos de sus troncos.

Ya nadie lo salvaría nunca. Podía bajar años enteros por las interminables aguas del maldito Mamoré sin que nadie se fijara en el hombre que flotaba río abajo. Se pudrirían sus huesos junto con la madera y ya no habría venganza posible, ni cambiaría nunca la sonrisa inmunda de Azuela por el gesto del miedo. Aquí, atado, solo, impotente, gritando como un imbécil al que nadie quiere oír, tendría que morir de hambre y de fiebre. Y entonces, por primera vez, morir le dio miedo, porque ya no era sólo el fin de la vida, sino el fin del hacer, la imposibilidad eterna de actuar sobre las cosas odiadas, el aniquilamiento, la risa de los que le debían esa misma vida. Y lloró el Capanga, lloró de miedo de no ser y de impotencia. Lloró como una bestia herida, como lloraría un árbol que cortan, si pudiera.

-Pero no, perros de mierda –sollozó-, no me voy a morir porque ustedes no quisieron recogerme. Viviré hasta que alguien me saque y entonces los pondré a ustedes en el río.

Se limpió la cara en la corriente y volvió a beber. El llanto pesado lo hacía hipar como a los niños y le daba vergüenza.

Se dispuso a ser él mismo como el madero que lo llevaba . Morirían juntos o juntos se salvarían. Tenía que resistir tanto como el leño. Mientras éste pudiera sostenerle, la carga iría viva encima. Sabía que la capacidad del hombre para resistir el sufrimiento, aunque es enormemente mayor de lo que se cree, no es ilimitada; de manera que decidió acomodar su conducta a la de sus troncos y permanecer quieto mientras no fuera inevitable hacer algo. No moverse, no sufrir, no pensar sino en que era necesario seguir vivo.

Y así fue pasando la noche, navegándolo lentamente por en medio de los ruidos y la sombra. Si tenía de nuevo hambre, la resistiría; él sabía que podía durar muchos días simplemente bebiendo agua. Si había nuevamente cascadas, caería y saldría vivo por el otro lado. Si el dolor del pecho casi no le dejaba respirar, tragaría más lento el aire o aguantaría el dolor. Si de nuevo veía luces, y de nuevo gritaba y de nuevo nadie quería recogerlo, esperaría aún más, hasta que por fin alguien lo sacara. Un leño sobre otro leño, pero con la voluntad única de vivir por encima de todo y contra lo que fuera. Río abajo. Le pareció que aún faltaba mucho para el

alba. Mirando el cielo a ras del agua, se le laxaron de pronto los músculos del cuello. Se había desmayado.

Fue abriendo lentamente los ojos. Creyó que estaba de nuevo alucinando, porque veía lengüitas de fuego horizontales aparecer y disolverse rápidas y brillantes. ¿Qué sería eso? Juntó los párpados con fuerza durante un rato y luego los separó de nuevo. Allí estaban siempre moviéndose por miles en toda la extensión del río; eran el reflejo del sol del amanecer que el agua al ondularse devolvía como un espejo negro.

“Más allá está algo esperándome. ¿Qué habrá más allá para mí”? La luz seguía encendiendo la enorme superficie rizada. Pablo volvió la cara hacia el otro lado. Allí todavía quedaba noche, atenuada, azulosa, pero aún le daba volumen al monte ribereño. Por encima de todo, flotaban las cansadas y lentas fantasmas de la niebla, iluminadas ya, alzándose del río. Algunos patos trajinaban la mañana gritando. Dos garzas grandes pasaron en silencio agitando la niebla, encendidas de sol; a los lejos, también se pusieron a gritar.

Pablo golpeó el tronco con la frente, con suavidad primero. Quería hacerlo sonar. Después lo hizo con más fuerza. Sintió como si se golpeará a sí mismo, el pequeño ruido sordo en todo el cuerpo. Esto lo alegró : les tenía cariño a sus maderos.

“¿Qué irá a sucederme más abajo?”

Levantó los ojos de nuevo. La niebla estaba disolviéndose rápidamente. El sol había subido. Junto a su cabeza, la sombra que proyectaban sus troncos se hundía en el agua y alrededor la luz sumergida se abría en menudos abanicos. Se sentía frío mirando esa sombra sesgada. Pero el sol subía más y más, se adentraba bajo la superficie e iluminaba los corpúsculos suspendidos como si fueran oro. Sintió calor sobre el cuerpo mojado. Él sabía que ya no habría de secarse hasta que pudiera cambiar de ropa. Aunque sus recuerdos eran muy vagos, conservaba el de no haber estado seco desde que cayó por la cachuela. Cuando la temperatura descendía un poco, eso le molestaba tanto como el dolor en el pecho.

“¿Qué habrá más allá para mí?”

Lanzó su imaginación hacia delante, río abajo, y se contestó: “Otros días”. Después respiró con más sosiego. Además, con el sol le dolían menos las costillas, pero estaba también el dolor de la cara; pensaba que debería tenerla algo lastimada, aunque no llegaba a explicarse por qué. También le dolía la piel del cuello al mover la cabeza. “Seguramente el sol me ha quemado”, se dijo. Le volvió a la memoria el momento en que lo pusieron en el agua, y por primera vez recorrió la escena completa, desde que salió de la cárcel con las rodillas algo torpes, hasta que le oyó decir al que lo había atado: “Ya está listo”.

Se sorprendió al advertir que no le había enfurecido el recuerdo. Las imágenes que evocaba no parecían tener significado angustioso ahora. Se

trataba simplemente de cosas sucedidas. Se preguntó con sobresalto si habría perdonado sin darse cuenta.

-No –dijo en voz muy alta-. Yo no perdono. Al decir esto, todo se le ocurrió inmediatamente absurdo, mal encajado en el orden de las cosas. Buscaba su furia, y no podía hallarla. Buscaba su odio contra los culpables de que ahora se encontrara en el río, y no hacía más que recordar personas insignificantes, palabras insensatas.

Abandonado por su ira, se sentía vacío e insatisfecho. Para recobrar la impresión de que en verdad era importante cuanto le sucedía, se dijo: “Es posible que muera por esto”. Pero en lugar de un motivo para volver a sentir como antes, le sonó como una declaración hecha hacia el futuro, como un reconocimiento de que podía esperar la muerte entre los acontecimientos probables.

Volvió a pensar en su captura y concluyó, sin furor, en que don Miguel Azuela había sido más matrero que él. Se sonrió, arrugando el dolor de las mejillas al pensar que lo habían agarrado mientras dormía.

Pero puestas las cosas así, parecían tan elementales, tan desprovistas de importancia, que a partir de ahí no se podía llegar a ninguna parte, menos a esto. Pero, además, tampoco esto semejaba tener nada de particular. Era simplemente así: es decir, flotar atado por una corriente de agua.

“Vamos a ver –se dijo en seguida-: ¿es malo matar por dinero? ¿Cómo será, no? ¿No hacen todos más o menos lo mismo? Bueno, pero esto no importa nada; el asunto queda igual: ¿es malo matar por dinero? A la gente le parece que sea pésimo matar por cualquier motivo. La verdad, matar es obligar a otro a hacer algo contra su voluntad. Aquí está la cosa grave: la gente le tiene miedo a la muerte. Por eso se enojan .Pero, ¿qué he hecho yo para merecer esto? Justamente eso: matar”.

Se admiró de nuevo, porque no podía ya enfurecerse.

“A las víboras tratan de matarlas, al tigre lo mismo; a las palometas, las hormigas y los mosquitos, también los matarían, pero no pueden, porque son muchos y no se terminan. A todos quieren matarlos, porque les tienen miedo”.

-A mí también –dijo como sorprendido.

El sol estaba muy alto. La niebla ya no se veía y la vista podía deslizarse tranquilamente por encima de la corriente asoleada. El río estaba desierto y todo parecía recogido en sí mismo, aletargado de sol.

Y el arrojarlo al agua, ¿estaba bien puesto en manos de quienes lo ejecutaron? Había que reconocer que sí. Entonces, tuvieron razón al ponerlo sobre los troncos.

-Tuvieron razón –dijo, e inclinó la cabeza para beber.

“Pero también yo tengo razón para querer salir de aquí y cobrárselo, porque al fin y al cabo es mi pellejo el que tiraron. Pero esto si yo cobro si quiero, y si no quiero, no importa. Tampoco me corresponde a mí perdonarlos o castigarlos. Lo mío es simplemente matar o no matar”.

De pronto, sobre la alta ribera vio una mancha de color hacia la izquierda. Pero no alcanzó a tratar de llamarle la atención, porque advirtió antes que se trataba de una mariposa gigantesca, que levantó su vuelo desagradable de seda y se perdió de vista arriba, entre el follaje. El corazón le quedó latiendo con fuerza. Semejaban latir la madera, el agua turbia, el dolor del pecho y de la cara. Si era mariposa hubiera sido una persona...El cuerpo entero se le contrajo en un esfuerzo por detener el pensamiento.

Volvió a mirar la ribera cuidadosamente, obligado por una especie de presentimiento que no se cumplió: no había nadie junto al río.

“Acaso muchas veces más veré cosas que me parecerán personas y sentiré los mismo que ahora. Acaso así se me vayan los días y no encuentre quién me saque. Acaso muera.

“Bueno, no hay que ser idiota. Si no me hubieran echado al río, ¿iba a ser eterno? Ohh, alguna vez moriré de todas maneras”.

-...de todas maneras –repitió con lentitud.

Esforzó el pensamiento para que le dijera claramente qué era morir. Él tenía una idea formada de lo que era morir. Él había visto morir muchas cosas y cada uno tenía su manera propia de sucederle el asunto. Revisó con la memoria una tras otra las vidas que había visto acabarse, pero ninguna le dijo nada que pareciera interesarle.

“Perdonar no es cosa mía, castigar tampoco. ¿Es cosa mía morir? Ahora estoy aquí en este río, sobre estos troncos; después, ya no. Es como cuando caí por la cachuela; hasta en el mismo borde pude hacer algo; después quizá será posible lamentarse o estar alegre. Entre las dos cosas no puede haber nada que tenga que ver conmigo. Morir no es cosa mía. Lo último que yo tengo que hacer no es morir. Pero todavía hasta un momento antes, sin duda, hay algo que yo puedo hacer. ¿Qué, qué puedo hacer antes de morirme? Pero antes de morir es ahora mismo. No puedo moverme; no sirve quejarme. Puedo, por lo menos, estar tranquilo. Es posible que me suceda de nuevo mil veces más lo mismo que hasta ahora. Puedo engañarme, y caer, y aumentar el dolor y pasar junto a alguien que no quiera recogerme mil veces más. Pero nada, absolutamente nada de eso importa si yo estoy tranquilo.

“Hay una sola cosa en verdad mía: querer algo o resistirlo, ganar o aguantar. Aparte esto, todo lo que ahora ocurre en el río o en cualquiera parte no es mío. Ahora yo deseo salir de aquí. Yo quiero vivir”.

-Querer o resistir –dijo con alegría.

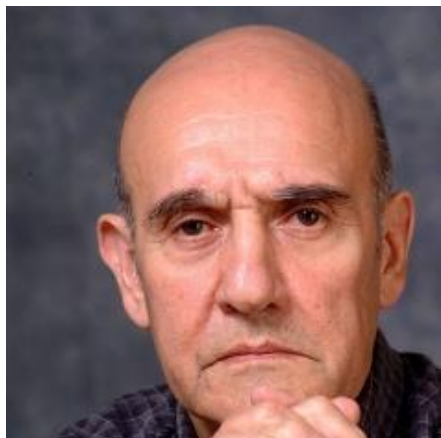
Entonces advirtió que cuanto pudiera sucederle en el futuro tendría que alegrarlo necesariamente, porque sería una oportunidad de probar su fuerza o su aguante. Si la fuerza no bastaba, resistiría; si le fallaba la resistencia, moriría. ¿Qué más? Nada más. Eso era todo.

Estaba enormemente alegre. Si el dolor se lo hubiera permitido, se habría puesto a cantar a gritos. Se preguntó, entonces, con cierto sobresalto, si el dolor podría quitarle su contentamiento. Pero de inmediato se contestó que dejar de cantar no lo hacía menos dichoso.

Tendió una vez más la vista con infinito gozo por sobre el agua y vagó los ojos lentamente por su curso tranquilo, la orilla distante, el lejano cielo blanco de calor.

-Tenían razón al arrojarme. El río está bonito. ¿Qué habrá más allá...?

JORGE GUZMÁN



Nació en 1930. Estudió Pedagogía en Castellano en la Universidad de Chile y se doctoró en Filología Románica en la Universidad de Iowa, Estados Unidos. Ha ejercido la docencia en la Facultad de Filosofía y Humanidades en la misma Universidad de Chile.

Es autor de numerosas obras narrativas: *Job-Boj* (1967); *El Capanga* (1969); *Ay mamá Inés* (1993); *La Felicidad* (1998); *La ley del gallinero* (1999), *Con ojos de niño* (2008) y *Deus machi* (2010). Además de su obra de ficción, Guzmán ha escrito importantes ensayos: *Una constante didáctico-moral del Libro del Buen Amor* (1963); *Diferencias latinoamericanas* (1984); *Tahuashando: lectura mestiza de César Vallejo* (2000) y *Carta por el libro* (2007).

Cuando florece la higuera fue galardonada con el Premio Jaén de Literatura (Granada, España) el año 2003.

En 1956, “El Capanga” ganó el Concurso Nacional de Cuentos de El Mercurio.

*

Transcripción de L.E.